

do rivalizar para hermosearla y convertirla en una de las más deliciosas poblaciones de España. Es verdad que la abundancia de aguas y aquella exuberante vegetación, parece que han conspirado también á su engrandecimiento, secundando el espíritu reformador que inspira á sus habitantes.

Si dijéramos que aquella ciudad, con sus cristalinos ríos, sus innumerables fuentes, sus pintorescos jardines, sus frondosas huertas, sus frescos y lozanos olivares, sus verdes viñedos, su templado clima y sus hermosas mujeres, era un paraíso, no habríamos hecho sino escribir la historia. Oid lo que dice Valera en una de sus novelas de ella, y tendreis una idea de lo féracida y encantado de aquel suelo privilegiado, donde aquel escritor ilustre, y el que escribe estas líneas, han pasado los mejores días de su juventud. Tenemos que advertir que Valera no la nombra; pero está hecho el retrato tan magistralmente, que se conoce hasta de perfil. Dice así:

«Las huertas, sobre todo, son deliciosas. ¡Qué sendas tan lindas hay entre ellas! A un lado, y á la vez á ambos, corre el agua cristalina con grábo murmullo. Las orillas de las acequias están cubiertas de yerbas olorosas y flores de mil clases. En un instante puede uno coger un gran

ramo de violetas. Dan sombra á estas sendas, pomposos y gigantescos nogales, higueras y otros árboles, y forman los vallados la zarzamora, el rosál, el granado y la madreselva. Es portentosa la multitud de pajarillos que alegran estos campos y estas alamedas.»

Pero no nos detengamos en Valera. Ved lo que decía un escritor del siglo XVII (1), hablando de la llegada de la duquesa de Sessa á aquella villa en el último tercio del siglo anterior. Hé aquí sus palabras: «Empezó á extender la vista y á ver la felicidad de aquel lugar y grandezas, la comunicación y grado de sus vasallos, la holgura de sus márgenes floridas, las corrientes de sus cristalinas fuentes, tanta amenidad y deleite, y tanta hermosura y fragancia en tan diversas plantas y coposos árboles y matizadas frutas; fecundas yerbas, florecientes vegas, aquel río con el cristal de su corriente, despeñándose entre umbrosas alamedas, que fertiliza y riega los campos esmaltados de pintadas alfombras olorosas, y flores que deleitan la vista y suspenden el sentido; la arpada música de las parleras aves, que con dulce armonía, brillando entre los floridos pimpollos

(1) Juan Gutierrez de Espejo. *Vida de doña Ana de Córdoba*; M. S. de la Academia de la Historia.

con sus acostumbradas cabriolas, haciendo dulces motetes, convidan á que, suspensos y absortos, oyendo el compás de su capilla, se alabe de todo corazón á quien celebran sus dulces canciones.»

No pocos autores antiguos y modernos se ocupan de esta ciudad con el mismo entusiasmo, por más que sea patria de casi todos ellos.

Unase á lo dicho una población alegre y sonriente, construida á la moderna, embaldosada hasta en sus últimas callejas, con magníficos paseos, abundantes fuentes, magnífico teatro, bellísima plaza de toros, primorosos casinos y una plaza pública, en la que afluyen y la cruzan seis ó siete carreteras de los pueblos limítrofes, además de cuantas reformas de utilidad reconocida ha inventado el gusto del día, para significar la marcha del progreso y la civilización, y se tendrá una idea de lo que es Cabra.

La importancia de este pueblo viene desde el tiempo de los romanos, hallándose en ella vestigios de aquella poderosa dominación: los godos establecieron en ella, silla episcopal, cuyo primer obispo de quien se tiene noticia se llamó Sinagio: conquistáronla los árabes hácia el año 719, y en la división de España, hecha por el geógrafo árabe Inssuf-el-Fhecri, se la contó entre las primeras poblaciones de Andalucía. El

cronista de la misma raza, Abdalá, la califica de ciudad noble y altamente celebrada de cristianos y musulmanes: así es, que todos pedían tierras ó domicilio en ella. Reconquistada por el rey San Fernando en 1244, pasó por varias dominaciones, hasta que el rey Enrique IV la donó á D. Diego Fernandez de Córdoba, tercer señor de Baena y primer conde de Cabra, por cédula del 2 de Setiembre de 1455.

## II.

Al Este de Cabra, junto al camino que se dirige á Carcabuey y Priego, hay un manantial riquísimo de agua que brota entre las grietas de las rocas y grutas naturales formadas por aquellas, que presenta una perspectiva deliciosa y un golpe de vista encantador y pintoresco, que nos recuerda el Monasterio de Piedra. De este manantial, que apenas dista un kilómetro de la población, se forma el río Cabra, que riega aquel hermoso parque de huertas, y no hace muchos años que, dividido en acequias, atravesaba las calles de la ciudad para pasar de las huertas de arriba á las de abajo, y que las cruza hoy por artificiales atarjeas oyéndose el agua murmurar bajo el pavimento de la ciudad.

Aunque este río es una riqueza para ella, no

es caudaloso ni mucho menos, porque apenas afluye á él más agua que la de su nacimiento; así es, que rara vez sus avenidas son peligrosas, ni causan daños de consideracion. Su misión es regar aquella hermosa vega de huertas, que se asemeja á un frondoso jardín interminable, y alimentar aquellos árboles colosales que cubren sus sendas y caminos, y que, ostentando riquísimas frutas durante la primavera y el estio, presentan una perspectiva encantadora á los que pasean bajo su perpétua sombra en las mañanas deliciosas de Abril y Mayo.

Entre la *Fuente del Rio* y la ciudad, á medio kilómetro escaso de ésta, hay una especie de paso ó sendero para atravesar el riachuelo, que se llama *El vado del Moro*. Excusamos decir que el rio se puede atravesar por todas partes, sin que el agua nos llegue ni á las rodillas. Este vado tiene, sin embargo, su origen, y el objeto de este trabajo es refrescar la tradicion y explicar el caso que dió lugar á ese nombre, á pesar de haber pasado cuatrocientos años en que sucedió el hecho que vamos á referir, y hemos encontrado comprobado por varios historia-

## III.

Corria el mes de Abril del año de 1482, y envalentonados los moros con la derrota que pocos dias ántes habian causado al ejército cristiano en la Ajarquia de Málaga, se iban extendiendo por todas partes, saqueando lugares y pueblos, á donde ántes no se atrevían á acercarse. Señalábase por sus atrevidas correrías el viejo moro Aliatar, alcaide de Loja y terror de las comarcas cristianas que estaban á su alcance. Cruel y vengativo como nadie, era el verdadero azote de los cristianos, que sólo descansaron cuando un año despues sucumbió en la batalla de Lucena á mano de las gentes del conde de Cabra.

Vivia por entónces en Cabra un noble caballero, llamado D. Pedro Gomez de Aguilar, dotado de grandes fuerzas y de un valor á toda prueba, el cual poseia una quinta ó casa de campo á una legua de la ciudad por la parte del Este y casi en el mismo camino que va á Carcabuey y Priego.

Una mañana, al amanecer, vió entrar azorados y temblorosos á los operarios de la casa de campo que habian dejado ésta enteramente abandonada. Enterado del caso, supo que un

peloton de moros, compuesto de unos cuarenta de á pié y de á caballo, se habian acercado á la quinta, y las gentes aquellas habian huido por ello á Cabra.

Gomez de Aguilar, hombre de gran resolucion y superior esfuerzo, quiso enterarse personalmente de lo que ocurría; y sin decir palabra á sus cuatro hijos, que eran tambien valerosos soldados, montó á caballo armado de todas armas, emprendió el camino de su casa de campo, á la que llegó en poco más de una hora, á pesar de la lluvia torrencial que se desgajaba de las nubes.

Apeóse del caballo, dejó la lanza apoyada en la silla, y la adarga colgando, y se entró en la casa que encontró enteramente sola. Ya iba á renegar de sus criados, cuando la algarazara de los moros le hizo ver que estaba cercado y ni podia escapar ni defenderse, puesto que venian veintidos de á caballo y casi otros tantos de á pié: en la imposibilidad de combatir, por estar desmontado, no tuvo más que rendirse á la generosidad de Aliatar, el sanguinario alcaide de Loja, que luego que registró la casa y se convenció que no habia más cristianos en ella, recogió los ganados que pudo, y siguió su correría al pié del Santuario de la Virgen de la Sierra, buscando el camino de Carcabuey. Este

camino era tan áspero y escabroso, que no tenía más que despeñaderos al uno y otro lado. Aliatar, encantado del buen trato y finura de Gomez de Aguilar, entró en conversacion con él amigablemente, reinando entre ambos una franqueza inusitada, mayormente cuando no pudiendo ir á caballo sin peligro de derrumbarse se apearon todos, marchando los dos juntos, sin armas por supuesto Aguilar, porque las suyas se las habian repartido los moros, dejándole sólo el caballo para que no se quedase atrás en aquella rápida algara, cuidando de llevarlo en medio para precaver cualquier evasiva.

El trayecto que media entre Cabra y Carcabuey, para los que tienen que caminar por sendas estraviadas y vericuetos, es casi intransitable, especialmente en tiempos de lluvias, como sucedia entónces: así es, que marchaban por un continuo derrumbadero, atravesando la Nava y cerros contiguos, que es como se llama aquella sierra y sus pintorescos valles.

Los caballos transitaban uno á uno y de mala manera: la noche no dejaba ya ver los objetos, y los moros atendian más á su salvacion que á ningun incidente que pudiera turbarlos, cuando se creian seguros y dueños de la presa que iban haciendo en su correría; así, pues, se fueron unos adelantando y otros quedándose

atrás, cosa que fué observando Gomez de Aguilar, á la vez que distraía la atencion del moro con su amena conversacion, para que no advirtiese la falsa posicion y el aislamiento en que se iban quedando.

Aliatar, que era tan valiente como audaz, era por lo mismo confiado, y departía sinceramente con su cautivo, habiendo dejado sus caballos al cuidado de los moros de á pié, para llevar ménos entorpecimiento en la marcha.

Cuando el cristiano se vió solo con el moro, tan léjos de los de atrás como de los de adelante, dióle un fuerte empujón, que le hizo rodar hasta el fondo de un barranco, como quien arroja una piedra, gracias á sus fuerzas extraordinarias: detrás se arrojó él, y se perdieron en la oscuridad.

#### IV

El agua caía á torrentes: la noche había cerrado horriblemente, y los relámpagos presentaban aquellas rocas negras ó tapizadas de musgo como gigantes que se desvanecían: no se oía más que el blasfemar de los moros ó el relinchar de los caballos, medrosos cuando perdían de vista á sus dueños; los cautivos cristianos que llevaban, iban rezando y encomendán-

dose á la Virgen de la Sierra, cuyo santuario casi flotaba sobre sus cabezas.

Al mismo tiempo que llegó Aliatar al fondo del barranco, cayó sobre él el forzado Aguilar, que arrebatándole el alfanje instantáneamente, le amenazó cortarle la cabeza si daba un solo grito. El moro se dejó atar las manos y los piés, renegando de todo y blasfemando ferozmente, hasta que aquél tuvo que obstruirle la boca con un pañuelo.

Los moros, desconfiados y recelosos por instinto, se revolvicron á buscarle cuando lo echaron de ménos, al tiempo que Aguilar lo había cargado sobre sus hombros, y se escondía con él entre unas malezas algo léjos del teatro de su hazaña.

El agua, que todo el día se había estado desgajando sobre ellos, descargaba furiosa al compás de los truenos en aquellos momentos en que, buscando los moros algun abrigo, á la vez que sospechando la verdad, se dirigían al bosquecillo en que se encontraban los fugitivos.

La posicion de Aguilar no podía ser más crítica ni más angustiosa: una vez descubierto, su cabeza habría rodado sin conmiseracion. Afortunadamente para él, las fogatas encendidas en las atalayas, y la alarma que llevaron á Cabra los criados de Aguilar, habían avisado al con-

de de Cabra, D. Diego Fernandez de Córdoba, de que había moros en sus tierras, el cual reunió los caballeros y escuderos de su casa, más los hijos de Aguilar, y marchó al encuentro de ellos con la celeridad del rayo,

Antes de penetrar los moros en el bosque fueron alcanzados por los veinticinco caballos que llevaba D. Diego. Aquéllos les hicieron cara, á pesar de faltaries el empuje de su jefe, y emprendieron una lucha desesperada en que les ayudaban los de á pié con ventaja, porque herian á los caballos del conde impunemente, escondidos entre las matas.

Viendo éste que era imposible la lucha de aquella manera, mandó echar pié á tierra, y cerrando con los de á pié y á caballo á un tiempo, se dió tan buenas trazas, que en un instante mataron tres, hirieron once y cogieron veinte prisioneros, siendo muy pocos los que escaparon. También libertaron los cautivos que llevaban, poniendo en salvo á Aguilar con el suyo.

El moro, triste y abatido, se lamentaba de su suerte, y el conde le consolaba asegurándole que no temiese por su vida ni su libertad, que él respetaba á los valientes.

El moro decía con sentimiento:

—Cuando mi hija Aixá y mi yerno Boabdil

sepan que he sido vencido, apénas lo creerán, porque yo no he sido vencido jamás en buena lid.

—Era mucha audacia, dijo el conde, entrarse en un país enemigo con tanta libertad.

—Hace quince dias que los cristianos fueron derrotados horriblemente en la Ajarquía, y eso me animó á llevar á cabo esta expedicion.

—Es que en la Ajarquía no fui yo derrotado, ni mis soldados.

—Pero creí que el desaliento habia cundido por todas partes.

—La confianza pierde á los valientes, y tú eres de éstos.

El moro suspiró, y miró al conde con gratitud.

El conde de Cabra era también tan valiente como generoso, así dice Urbina en su *Nobiliario*: «Fue muy ilustre caballero, y gran señor, y muy señalado en la disciplina militar, y caballero de mucha prudencia y autoridad.»

## V.

Cuando dieron la vuelta á Cabra, hallaron que con las lluvias habia crecido tanto el rio, que era imposible pasarlo por ninguna parte, sin exponerse á perecer. Detúvose el escua

dron, sin saber qué partido tomar, cuando Aliatar le dijo al conde:

—Si quereis, yo os enseñaré un sitio por donde podemos pasar.

—¿Estás seguro de ello?

—Como que he pasado por él en otras correrías más afortunadas que ésta.

—Tú nos enseñarás, añadió D. Diego.

Caminaron como unos trescientos pasos á la orilla del río, y al llegar á un sitio, se paró el moro, y dijo:

—Seguidme.

Picó los acicates al caballo, y de tres saltos se plantó á la otra orilla, como si hubiera ido volando.

Los cristianos hicieron lo mismo, y todos se encontraron al otro lado, sin novedad, en un momento, habiendo pasado cada uno un moro á la grupa.

El conde mandó que entrasen en Cabra cada uno con un cautivo delante, como así sucedió, entre el repique de las campanas. Despues que entró en la iglesia Mayor á dar gracias á Dios por aquella victoria, puso en libertad á Aliatar, y mandó canjear á éste aquellos moros por otros cristianos que tenía aquél en Loja cautivos.

A Gomez de Aguilar lo premió el conde dándole un molino y otras tierras, entre ellas, todo

el prado en que estuvo detenido el escuadron antes de pasar el río. El sitio por donde lo pasaron, se llama desde entónces el *Vado del Moro*.

Hoy, á pesar de haber pasado cuatrocientos años de este hecho singular, conserva aquel nombre, y todo el mundo, al recordario, no puede ménos de ver en aquella hazaña, la huella del vencedor de Boabdil, un año despues.

## VI

Ya hemos dicho que el *vado del Moro* está en el pago de huertas comprendido entre la *Fuente del Río* y la ciudad, siendo aquel paraíso tan delicioso y encantador, que bien merecía que lo dibujase el pincel de Urgell para presentar un modelo de paisajes.

Un historiador de Cabra, ocupándose del mismo lugar, dice: «Aquel sitio hoy es, y se puede celebrar por el más ameno y deleitoso de árboles frutales y flores que hay en el mundo» (1).

Un poeta de Baena, que floreció á mediados del siglo XVII, le consagró el siguiente soneto que tomamos de un libro de la Biblioteca na-

(1) Vega Murillo. *Historia de Cabra*, M. S. de la B. N.—1668.

cional, escrito por él, y el cual publicamos con mucho gusto: dice así:

«A LA ESTANCIA DEL VADO DEL MORO.

SONETO.

El que carne se hizo y fué palabra  
 Manifestando al mundo maravillas,  
 Como puso en el cielo las cabrillas,  
 Quiso también poner el cielo en Cabra.

A un risco que en su seno cristal abra,  
 Le manda que lo vierta en sus orillas,  
 Porque la más anena de las villas  
 Siempre la boca en dar las gracias abra.

Aquí llegué cuando el Autor del oro,  
 Grande Administrador de lo criado,  
 Vino y agua atoraba á cada poro.

Al arrimarse al río celebrado,  
 Guárdete Alá, le dije, cristal moro,  
 Que hoy en tí mis fatigas tendrán vado» (1).

En esto puede verse la celebridad adquirida por este lugar, que desde 1482 hasta hoy se conoce por el *Vado del Moro*.

(1) Miguel Colodrero y Villalobos, *Cármenes sagrados y Distintos versos*; M. S. de la B. N., soneto 64.

LA CRUZ DEL ARCO DE LA VILLA

(Leyenda tradicional.)

I.

A unos cuarenta kilómetros de Córdoba, poco más ó ménos, por la parte del Mediodía, se destaca una villa antigua y populosa, que á manera de anfiteatro se desparrama por las faldas de un cerro, en cuya cúspide se levanta un castillo morisco que ha jugado un papel principal en las guerras contra la raza árabe, que concluyeron con la toma de Granada, ciudad que dista unos setenta kilómetros de la villa de que nos ocupamos.

Para no extendernos en descripciones, copiaremos lo que dice de ella Amador de los Ríos, puesto que es la patria donde se nació su cuna:

«Sobre una altura escarpada  
 Cuyo solo aspecto admira,  
 Por los años respetada,  
 Una población alzada,



Cual roca del mar se mira,  
 Jardín de eterna verdura,  
 Rico en fragancia y colores,  
 Cerca en torno á aquella altura  
 Que ramillete figura  
 Tejido de hermosas flores.  
 Villa fuerte y fronteriza,  
 fué espanto y terror del moro:  
 Y su vega fertiliza  
 Un río que se desliza  
 Por entre arenas de oro.  
 Denegridos torreones,  
 Cual marcial corona ostenta:  
 Como otros tantos pregones,  
 Con que á las generaciones  
 Sus timbres de gloria cuenta," etc.

Nunca podríamos hacer nosotros una descripción más exacta y elegante, á pesar de haber nacido á pocos pasos de la casa del malogrado escritor.

## II.

A fines del siglo XVIII, existía en la parte alta de la población que nos conserva el nombre árabe de Almedina, una casa solariega que pertenecía á uno de los nobles que habían desertado de la villa después de concluidas las guerras con los moros: porque es de advertir.

que ántes y después que perteneció su dominio á los condes de Cabra, aquella parte del pueblo estaba habitada por una nobleza numerosa que se distinguía en todas sus campañas, y de cuyos palacios quedan algunas ruinas, y sobre todo las torres que les servían de defensa, á la vez que á las murallas.

La casa de Clavijo, sita en la plazuela del mismo nombre, cuyos muros hemos conocido, aun cuando ya no restan ni vestigios, si se exceptúa la torre del mismo nombre (1), estaba habitada á la sazón por un caballero principal llamado D. Juan Pedro Beltran de Eraso, que vivía acompañado de una criada joven y bien parecida, y un criado antiguo y de confianza. Entre las gentes del pueblo pasaba dicho señor por hombre rico y avaro, como generalmente sucede á los solterones que pasan de los cincuenta sin casarse.

Era la víspera del *Corpus* del año 1782, cuando á eso de las diez de la noche se veía un hombre embozado en una capa, arrimado á una rejilla baja, pequeña, de la casa de Clavijo.

(1) Con dolor hemos visto que esta hermosa torre árabe que se mantenía intacta contra las injurias del tiempo, se está derribando para emplear sus materiales en obras.

¿Cómo se consiente esta profanación?

A pesar de que estábamos á fines de Mayo, la noche estaba lluviosa y nadie extrañaba que en aquellos sitios solitarios hubiese un hombre con capa para ocultar la espada que llevaba debajo, y cuya contera reflejaba á la luz de un farol que alumbraba á un Santo incrustado en un nicho de la pared de enfrente. Entonces no existía, como supondrá el lector, alumbrado, y sólo rompía la oscuridad de la noche alguno que otro farolillo agonizante de los que la devoción y la piedad solía colocar en aquellos tiempos delante de las imágenes cristianas, y de los cuales se ven algunos restos en la época presente.

### III.

En Andalucía es muy comun que los novios hablen por las rejas ó *pelen la pava*, como allí se dice; así, nadie extrañaba el bulto aquel que esperaba á la diosa de sus pensamientos.

La puerta de la ventana rechinó al girar sobre sus goznes, asomándose á ella una mujer que, aunque no se veía, se conocía por el timbre de su voz.

—¿Estás ahí, Jimenez?

—Sí, Guadalupe; contestó el embozado.

—Cree que con la mala noche y lo expuestos

que son estos sitios, no te atreverías á venir.

Debemos advertir, que por aquella época habia decrecido Baena, que es la poblacion de que hablamos, se habian hundido muchas casas solariegas, y estaba casi convertido en ruinas aquel barrio llamado Almedina, del que dice Amador de los Rios con mucha razon:

«En ella tambien se ve  
la encumbrada fortaleza  
que en tiempos remotos fué  
el emporio de la fé  
y el sólio de la nobleza.»

El sólio de la nobleza era un panteon desolares, sobre los que el musgo y el jaramago habian echado raíces, convirtiéndose las calles en espesas laderas, en medrosas sendas escabrosas y en montañas de piedras que parecian fantasmas á través de la oscuridad.

La soledad de aquellos sitios, el terror que infundían cuando la noche desplegaba sus negras alas, y el fanatismo agorero de la época, hacia que nadie se atreviese á pasar por allí, so pena de exponer la capa, el reloj ó el dinero, y á veces la vida.

Esta es la razon por qué Guadalupe dudaba del valor de su amante.